

Decimosexto Domingo del Tiempo Ordinario A2020

La tragedia del 11 de septiembre en Nueva York todavía está fresca en nuestra memoria. La reciente brutalidad policial que condujo a la muerte de George Floyd y la reacción de quemar las tiendas y los negocios de pueblos inocentes que tenían nada que ver con su muerte, están nuevamente frescos en nuestra memoria. Nos enfrentamos una y otra vez con violencia y atrocidades en nuestras ciudades e incluso en nuestras propias familias. Cosas similares suceden en todo el mundo y no pueden ser contadas.

Cuando enfrentamos tales situaciones, fácilmente nos preguntamos: ¿Por qué Dios no interviene y pone fin al mal? ¿Por qué deja que la gente mala prospere y cometa atrocidades? Después de todo, ¿no es él omnipotente? De todos modos, ¿por qué hay personas malvadas en el mundo y no solo las buenas?

Las lecturas de hoy intentan responder a estas preguntas mostrándonos la forma correcta de entender la acción de Dios en el mundo y cómo debemos comportarnos en consecuencia. En primer lugar, el libro de la Sabiduría nos dice que Dios no es como siempre lo representamos.

Es misericordioso y paciente. Su poder es el fundamento de la justicia y destinado a perdonar. Él juzga con clemencia y gobierna con indulgencia. Actúa así con el mundo para que los que son justos sean amables, y los que viven en pecado puedan tener la oportunidad de arrepentirse.

Es esta certeza que Jesús formula en la parábola del trigo y la cizaña. La parábola, de hecho, describe la situación de un campo en el que un agricultor sembró buenas semillas, pero su enemigo, tomado por los celos, vino en secreto y, a su vez, sembró malas semillas entre ellos. Cuando los trabajadores se dieron cuenta de la perfidia del enemigo, su deseo era justo: eliminar todas las plantas malas y quedarse solo con el trigo.

Sin embargo, el dueño de la granja no ve las cosas de la misma manera. Para él, al tratar de eliminar la cizaña en esta etapa, existe el riesgo de desarraigar incluso el trigo. En este caso, lo mejor es tener paciencia y dejar que las malas hierbas y el trigo crezcan juntos hasta el momento de la cosecha. En la cosecha, entonces, todo se resolverá: el trigo se almacenará y la cizaña se recogerá para ser destruida por el fuego.

La intención de Jesús al contar esta historia es de darnos una lección relativa al reino de Dios. Jesús reconoce bien la existencia del bien y del mal, los malos y los buenos, en el mundo. La presencia del mal en el mundo se debe al enemigo de Dios, el diablo, cuya intención es destruir la buena creación de Dios.

Dios, sin embargo, no actúa como los seres humanos que son impacientes y quieren desarraigar a los malvados de inmediato. La verdad es que el mal no existe solo en el mundo, sino en cada individuo, e incluso dentro de la Iglesia. En cada uno de nosotros, existe una coexistencia tanto del bien como del mal, una mezcla del lado bueno y del lado malo, de cualidades e imperfecciones. ¿Qué pasa si a Dios le gustaría destruirnos ahora mismo por el lado malo de nuestro carácter o nuestras imperfecciones?

Todo esto nos ayuda a comprender la economía de salvación de Dios hacia nosotros y el mundo. De hecho, Dios no quiere destruirnos por la presencia del mal en nosotros; más bien quiere que cambiemos y nos convirtamos de nuestra situación pecaminosa. A este respecto, el Salmo 130 nos recuerda que si Dios llevara un registro de nuestros pecados, nadie podría escapar de ser condenado. Pero, nos perdona, para que podamos obedecerlo con reverencia

(V 3-4). En otras palabras, Dios es paciente con nosotros incluso cuando hacemos mal; nos da tiempo para arrepentirnos.

El mensaje de Jesús es una fuerte invitación dirigida a nosotros por paciencia y tolerancia. Si, de hecho, Dios mismo deja que lo bueno y lo malo vivan codo con codo en el mundo hasta el final, ¿por qué somos intolerantes y queremos destruir de inmediato a cualquiera que no sea bueno? Además, si existe una coexistencia del mal y el bien en el mundo, significa que Dios nos da el deber de ayudarnos mutuamente a cambiar, dejar atrás lo malo y volvernos buenos.

También significa que incluso si hay maldad en el mundo, tenemos que ser optimistas. El mal no es la última palabra porque al final, lo bueno prevalecerá sobre lo malo. Es por eso que Jesús compara el Reino de los cielos con una semilla de mostaza, el más pequeño de los granos, que se convierte en un gran árbol y con la levadura que hace que todo el lote se levante.

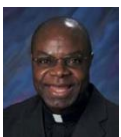
El convertirse en un gran árbol de la semilla de mostaza y la levadura del lote simbolizan el triunfo de lo bueno sobre lo malo. Simboliza también el éxito del resultado final sobre los fracasos del comienzo modesto. Este optimismo no solo se trata de la situación de la Palabra de Dios en el mundo, también se trata de nuestras propias dificultades en la vida, la educación de nuestros hijos, la desilusión en nuestros trabajos, las dificultades en la vida matrimonial o el escándalo en la iglesia, etc.

Tenemos que esperar en el Señor, hacer nuestra parte del trabajo y dejar que Dios termine la suya. Incluso si nuestro trabajo no tiene el éxito que esperábamos, en este momento, el final será diferente. Esto es lo que significa el contraste entre el pequeño comienzo y el gran resultado final de la semilla de mostaza y la levadura.

Nuestro optimismo, sin embargo, no debe ser ciego al punto que pueda llevarnos a la complacencia. Por supuesto, lo bueno y lo malo coexisten, pero no indefinidamente, porque hay un tiempo de juicio y separación de lo bueno de lo malo. Por eso es importante aprovechar la paciencia de Dios ahora y convertirnos. Nadie puede confiar en la misericordia y el perdón de Dios sin sentir la necesidad de transformar su vida y convertirse.

Para lograr tal objetivo, debemos orar sin cesar al Espíritu Santo, porque él solo sabe interceder por nosotros de la manera que está de acuerdo con la voluntad del Padre. Pidamos al Señor que nos enseñe a ser pacientes los unos con los otros, y que trabajemos por nuestra conversión y la de nuestros semejantes. Que Dios los bendiga a todos!

Sabiduría 12: 13, 16-19; Romanos 8: 26-27; Mateo 13: 24-43



Fecha de la Homilía: el 19 de Julio, 2020
© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20200719homilia.pdf